

La ruleta rusa del casino global

El fracaso de la Transición rusa

EL efecto más permanente del estatalismo soviético sobre el pueblo ruso es la anulación casi total de la sociedad civil, que ni siquiera se articuló en la oposición ya que el sistema soviético se autodestruyó. Esa sociedad civil continúa sin estructurar instituciones capaces de dar sentido social a la crisis permanente de Rusia.

El sistema se colapsó por su incapacidad para afrontar el nuevo modo de desarrollo generado por las nuevas tecnologías de la información, que caracteriza la economía global que se ha iniciado a final de siglo. Esa impotencia convenció a un sector pragmático de la necesidad de reformas para reactualizar el sistema soviético de forma que pudiera incorporarse al nuevo sistema tecnológico de producción.

La Transición rusa comenzó por el plan de renovaciones de Gorbachov que finalmente aceleró el derrumbamiento del Estado. Los nuevos sectores políticos que tomaron el timón de esta arriesgada Transición carecían de financiación por el continuo descenso del precio del

petróleo desde 1986. Las plusvalías financieras ilegales y la ayuda occidental eran las dos fuentes de ingresos para un Estado exhausto por el robo casi total de las reservas y de las cuentas internacionales del Partido Comunista (que se esfumaron misteriosamente). Decenas de miles de millones de dólares fueron canalizados desde las arcas del Patrimonio estatal hacia cuentas personales en el extranjero, al tiempo que había un exilio selectivo de los altos cargos comunistas que se enriquecieron ilegalmente con el patrimonio estatal.

La Transición planeada por los reformistas de Gorbachov no buscaba la destrucción del sistema, pero el resultado fue el vacío casi total de instituciones y normas sociales; y sobre todo, vacío de la identidad colectiva que sostiene la moral cívica. La gente se refugió en el alcohol y cayó en un individualismo salvaje. Hacía ya dos décadas que la ineficacia de la planificación burocrática de la producción había generado la economía de subsistencia y un sistema paralelo donde estaban implicados altos cargos de la Administración. Esa economía sumergida en Rusia ha llegado a suponer, según observadores internacionales, el 40 por 100 de la Producción Nacional.

El verdadero gran golpe

E*N ese contexto, las mafias locales, de base étnica, se habían hecho desde tiempo atrás con el poder de una economía a nivel cotidiano que era plenamente sumergida. En el período 1987-1993 se forjaron las organizaciones criminales que establecieron el hurto sistemático al Estado y un negocio de extorsión de las empresas. La desestructuración de la autoridad estatal y el descrédito de las instituciones provocó un vacío que llenaron las bandas criminales.*

La novedad histórica de las mafias rusas es que no actuaron a nivel local. La revolución de las nuevas

tecnologías de la información, que permitió el establecimiento de una red financiera globalizada, también permitió la emergencia de una nueva red criminal mundial. Las mafias sicilianas y los cárteles colombianos establecieron alianzas con las tramas rusas para blanquear capital y establecer unas redes criminales de nueva planta. Éstas están formadas por capitalistas que tienen a su servicio jóvenes criminales altamente cualificados, auxiliados por la información y violencia de antiguos oficiales de la siniestra KGB.

CON esos actores dominando el panorama, la intervención occidental no pudo ser más desacertada. Vaciada de instituciones sociales y estatales, el Fondo Monetario Internacional (FMI) impuso la fórmula neoliberal universal que ha aplicado a todos los países del Mundo en vías de desarrollo, independientemente de su realidad específica. Rusia asumió una desbocada política de liberalización que supuso la oportunidad para el crecimiento de grandes fortunas y el blanqueo de los superávits mafiosos. Rusia se transformó en una gran lavadora del dinero ilícito de un Mundo que entraba convulsivamente en la globalización.

La sociedad rusa fue penetrada financiera y políticamente por las nuevas mafias internacionales, ante la pasividad occidental. Los indicadores de la criminalización del poder ruso son aterradoras. Según datos del Gabinete de la Jefatura de Estado de Rusia, en 1994, entre el 70 y el 80 por 100 de las grandes empresas y bancos pagaban cuotas de extorsión. Prácticamente todas las pequeñas y medianas empresas lo hacen también. El pago supone aproximadamente el 15 por 100 de los ingresos de dichas empresas, lo que significa la mitad de sus ganancias. En un año la policía registró el asesinato de 450 empresarios (de los que tan sólo 60 casos fueron resueltos policialmente).

En el lustro de gobierno de Yeltsin se había estabilizado el rublo y contenido los precios. Pero era un espejismo. La economía real continuaba degradándose presa de la ausencia de planes estratégicos de desarrollo, del vampirismo de las mafias que ahogaban toda actividad económica y de los vampiros instalados en el núcleo duro del Estado. Esa corrupción continúa actualmente desviando sistemáticamente los beneficios que genera Rusia, el país más rico del mundo en recursos naturales, a los mercados internacionales, abortando las posibilidades rusas de financiación interna. Años más tarde de aquellas recomendaciones del FMI que confiaban al mercado la generación de instituciones, el país cae nuevamente en el caos financiero. El 17 de agosto de 1998, asistimos a la devaluación del rublo en un 33 por 100.

Los salarios y pensiones llevan suspendidos medio año. Las encuestas de opinión difundidas en Occidente denuncian que el 49 por 100 de la población carece de medios económicos para vivir dignamente. La esperanza de vida ha descendido a niveles jamás alcanzados durante el régimen soviético. La gente teme más al futuro que a su pasado. Claro que no se supone cuál sería la situación si hubiera continuado el comunismo. Probablemente peor. Ante eso, el apoyo popular a Yeltsin es mínimo y su programa neoliberal es rechazado por nueve de cada diez rusos.

Los problemas rusos tienen tres fuentes: el modelo de desarrollo neoliberal, la nimia sociedad civil y la lucha por el poder en el núcleo duro del Estado.

Rusia necesita Estado

EN Rusia falta, en primer lugar, un sistema político legítimo que disponga del monopolio de la

autoridad. Hay demasiada gente que manda demasiado. Las empresas no podrán pagar impuestos mientras sean extorsionadas impunemente por mafias y no dispongan de un marco legal creíble. El Estado ruso, por la desmembración del sistema soviético, aborda un acusado déficit de identidad. De por sí esto ya es motivo de deslegitimación y ha suscitado diversas crisis secesionistas; algunas, como Chechenia, excesivamente sangrantes. Yeltsin intentó ganar puntos de legitimidad con la represión despiadada del secesionismo checheno. También intenta ganarlos con una nueva política exterior de gestos discordantes con la OTAN que subrayen la identidad nacional.

RUSIA necesita un Estado. El problema de legitimidad debe afrontarse en la misma articulación económica del sistema. Ha de crear las mínimas condiciones de seguridad para que pueda existir cálculo mercantil de ganancias. Esta labor sólo puede ser obra de un Estado que gane autoridad. Y actualmente esa autoridad necesita de un pacto entre los grandes capitales rusos que estén dispuestos a crear una verdadera sociedad democrática o al menos un Estado de Derecho. Requiere de estómago por parte de Occidente para dar carta blanca a las grandes fortunas de orígenes mafiosos que sellen ese pacto. Pero también necesita decisión de Occidente para ser tan estrictos en su seguimiento del desarrollo democrático como lo han sido en su observancia del cumplimiento de los criterios financieros.

Occidente debe además aplicar una agresiva política de promoción de la ruinoso sociedad civil rusa a través de una revolución educativa que dirija la UNESCO, de intercambio de personal de universidades y programas de reciclaje de los científicos, funcionarios y políticos, de promoción del asociacionismo, de potenciación de la

economía social y de recuperación de la memoria cultural. El desarrollo de las libertades religiosas será también parte crucial de la necesaria renovación espiritual. Además, Rusia carece de un verdadero sistema plural de partidos. Europa tiene aquí su gran oportunidad para redimir su dramática irrelevancia y sus irresponsabilidades frente a Rusia. Rusia tiene un exceso de medicina capitalista, que matará al país si no se genera un cuerpo democrático.

Luchas entre funcionarios y oligarcas

¿Y quiénes son los que pueden dirigir al país en ese largo proceso que requerirá al menos dos décadas? Parece que todo apunta a los mismos que hace un año, toda vez que se liberen de Boris Yeltsin, que se ha convertido en un problema añadido. Alcohólico y enfermo, no puede trabajar ya más de tres horas seguidas y su temperamento le lleva a ser tan impredecible que empeora a un país necesitado de seguridad en sí mismo. Parte de la crisis continuará hasta que se jubile a Yeltsin.

A lo que asistimos en este otoño del 98 es a una lucha intestina por el poder en el seno del entorno presidencial, una trama de cincuenta personas formada por asesores, la dirección de su Guardia Presidencial (que consta de cuarenta mil efectivos), personajes de confianza (entre los que está su poderosa hija) y el grupo de los llamados «Oligarcas». Los Oligarcas son grandes financieros, industriales y propietarios de medios de comunicación. Son la máxima elite económica y política de Rusia.

En ese grupo se ha desatado una batalla por la sucesión de Yeltsin. Están jugando en el borde de la estabilidad del sistema. Es una ruleta rusa, una partida de póker entre las facciones. Occidente tiene la seguridad de que ha habido mucho de montaje en esta crisis ya que ha pactado

con los tres bandos. A saber, la trama política que tiene como candidato al alcalde de Moscú (Yuri Luzhkov); la red financiera del secretario de la Comunidad de Estados Independientes (Borís Berezovski) que tiene de ariete al enriquecido Viktor Chernomirdin y que ha encontrado un sustituto en Yevgueni Primakov; y la cúpula de un ejército progresivamente inquieto por su situación económica y que espera todavía la reconversión de las industrias militares, cuya opción preferente es el inquietante Alexandr Lébed.

Esta ruleta rusa dispara sabiendo que hay casquillos de fogueo. Negocian jugando con la crisis como en el desafío de la gallina ciega, donde gana el coche que frene más al borde de un precipicio. Pero hay lugar para un riesgo real. Precisamente se mueven en un contexto altamente impredecible, capaz de escorar el delicado sistema a una catástrofe. Este otoño han vuelto las invocaciones a un posible golpe de Estado en Rusia.

EL *gobierno de Primakov parece una solución de conveniencia ante la necesidad de negociar con los comunistas. El rechazo de éstos hacia Chernomirdin es total y la negativa comunista a permitir su retorno ha institucionalizado una división política en dos grandes opciones. La primera, una política comunista basada en estatalismo y protección de la identidad rusa dentro y fuera del país; la segunda, la política neoliberal que aplicará el programa occidental y procurará esquivar pragmáticamente las protestas sociales de la reconversión. Primakov pertenece a esta última corriente pero avalado frente a los comunistas por su currículo de hombre duro del aparato soviético.*

Frente a él, los mismos problemas: una profunda reconversión financiera e industrial a compatibilizar con graves problemas sociales de pobreza. El progresivo

empobrecimiento de la gente de Rusia no tiene un cauce sencillo y se desconoce el potencial que puede tener como justificación para posibles giros autoritarios en el país. Sobre todo cuando el país está viendo cada día grandes fortunas rusas que crecen en el propio país y en el extranjero. Las soluciones de Primakov parece que serán las del programa de Chernomirdin, o sea, la de los Oligarcas financieros. Chernomirdin seguirá en primera línea política como candidato para sustituir a Yeltsin.

La ruleta del casino

LA preocupante situación rusa es el resultado del nuevo orden mundial; el casino global donde todos juegan moviendo sus «fichas» de dinero allí donde creen que puede multiplicar su margen de beneficios. En el casino nadie juega con la realidad sino con números en la pantalla. No hay responsabilidad social ni rostros ni consecuencias: sólo la lógica totalitaria de aumentar el beneficio más que ayer. El mercado anónimo carece de escrúpulos. Esta metáfora del casino ha hecho fortuna en la literatura que explica el nuevo orden. Rusia no significa nada en ese casino. Pero despierta inquietud porque hay el riesgo de una bala real: Rusia es todavía una potencia nuclear. Éste es su seguro de protección.

Solamente soluciones políticas mundiales que desarrollen un nuevo paradigma estatal que haga frente a la economía global, pueden «salvar a Rusia». Ya no hay economías aisladas. Ya no hay soluciones aisladas. Esto exige nuevas políticas internacionalistas en Europa. Un decidido programa de democratización de Occidente es la gran baza de negociación de los sectores rusos en pro del Estado de Derecho.